

El Dr. Simarro y la Psicología Científica en España

Helio CARPINTERO
Universidad de Valencia

Entre los nombres gloriosos, si bien con frecuencia olvidados, de nuestra tradición científica figura indiscutiblemente el de don Luis Simarro, el primer catedrático de psicología en la Universidad española.

Junto con el señalado mérito de haber tomado parte esencial en la institucionalización de la nueva ciencia psicológica en nuestro país, hay en su figura también ciertas dimensiones de fracaso que exigen explicación, y que posiblemente sólo la tienen desde el marco de condiciones sociales e históricas en que le tocó vivir. El doctor Simarro, sin duda, ha sido una de esas personalidades con vocación por la investigación y por la clínica, que, dotada de recursos personales, se encontró a pesar de todo con un país en donde su proyecto no encontraba el adecuado apoyo.

Tal vez el primer dato que nos pone en la pista de ese desajuste con su mundo sea la escasez de su obra escrita. En cierto sentido, Simarro es un autor «ágrafo», del que no es posible reunir más allá de dos docenas de artículos divulgativos. Quedan noticias de su encanto personal, de su profundo influjo en algunos de los jóvenes que le rodearon un tiempo —Viqueira, Achúcarro, Lafora y otros—, pero todo ello obliga a reconstruir su pensamiento con los escasos restos que dejó, y a explicar su silencio.

El horizonte sobre el cual se levanta su figura puede ser entendido desde dos dimensiones, una colectiva, otra más específicamente individual.

Colectivamente, Simarro aparece, inicialmente, dentro de una España que se debate entre dos tendencias; la apertura al mundo

europeo, y la consolidación de un estado de cosas, sociales y mentales, dominado por el temor a la innovación. Las guerras carlistas, las insurrecciones militares, la guerra de Africa, luego la revolución del 68 y la caída de la monarquía de Isabel II, preludiada por conspiraciones y revueltas en que los estudiantes tomaron parte activa, prestan el fondo a los años juveniles de Simarro, en Valencia, donde se significó como una figura políticamente radical, orientada al republicanismo, y al final enfrentado con alguno de sus profesores de la Facultad de Medicina hasta el punto de tener que abandonar Valencia y trasladarse a Madrid, a fin de poder terminar su licenciatura (Salcedo, 1926, 26-28). Había hecho, pues, su personal elección al respecto, una elección progresista que mantendría a lo largo de su vida.

Si en Valencia le había ayudado, cuando estudiante, el catedrático Eduardo Pérez Pujol, una figura próxima al grupo de la Institución Libre de Enseñanza (Esteban, 1974), en Madrid su vinculación a ese núcleo tuvo como consecuencia intelectual una serie de conferencias y de artículos que constituyen la parte más considerable de su exigua obra escrita.

La Institución tuvo en la España de la Restauración una extraordinaria significación cultural. Sus fundadores, y singularmente Francisco Giner de los Ríos, estaban interesados básicamente en la reforma y transformación de la sociedad española, pero, como en otra ocasión he indicado, pronto advirtieron que semejante reforma suponía una transformación espiritual previa, sólo realizable a través de la educación (Carpintero, 1982, 262). Había en el país una intrincada maraña de problemas ideológicos, denunciados una y otra vez por espíritus progresistas como Galdós o *Clarín*. Era preciso imponer un talante ético a la vida colectiva, y dotarla, al mismo tiempo, de unos conocimientos que más allá de nuestras fronteras progresaban incesantemente, y a través de los cuales el hombre descubriría la compleja estructura de la realidad y alcanzaba poco a poco a dominarla.

Ahora bien, por lo que hace a nuestro caso, tal vez la Institución alentó ciertas dimensiones poco convenientes para el efectivo desarrollo de una nueva ciencia positiva como era entonces la psicología. La Institución orientó sus esfuerzos muy pronto hacia la enseñanza básica, por considerarla fundamental, pero con ello en buena medida abandonó el nivel universitario, que era a fines del siglo XIX el único marco posible para el desarrollo de una ciencia experimental. Y la psicología era una ciencia que al iniciar su despegue de la filosofía comenzaba requiriendo condiciones materiales suficientes para realizar su investigación, para consolidar grupos de estudio, que sólo la Universidad podía proporcionar. Esto vino a suceder

en Alemania y en Estados Unidos, en Italia, algo menos en Francia, y casi nada en España, donde la única cátedra establecida para la docencia de la psicología experimental, en Madrid, quedó situada en la Facultad de Ciencias de modo marginal, sin grandes posibilidades para disponer de estudiantes en cuyo *curriculum* tuviera esa disciplina un peso decisivo. Ni la Universidad oficial, ni la Institución Libre de Enseñanza prestaron el nivel de institucionalización y apoyo social que hubiera sido oportuno tener.

Pero Simarro no fue sólo un hombre de la Institución Libre de Enseñanza, su personalidad aparece ligada a otras instituciones culturales, como el Ateneo de Madrid, a movimientos sociales como la masonería, dentro de la cual fue figura destacada, y a personas bien significadas en el mundo político de la España de fin de siglo. Recuérdese tan sólo a este respecto que Simarro fue una persona muy cercana a Jaime Vera, el psiquiatra y el primer gran teórico del marxismo en España, como autor del «Informe de la Agrupación socialista madrileña», de 1884 (Iglesias, y Elorza, 1973); Vera y Simarro hicieron algunas peritaciones psiquiátricas juntos, lo que da idea de su proximidad profesional y personal.

Esa trayectoria social y política, que va desde sus primeros años juveniles hasta el final de su vida, está incardinada en una determinada personalidad que hay que imaginar a partir de ciertos datos de sus biógrafos. En primer término, Simarro parece haber sido un hombre con una extraordinaria memoria, capaz de repentizar una disertación erudita sobre un tema surgido ocasionalmente en una conversación. Por otro lado, parece haber tenido problemas de instalación en su clase social; así, junto a la anécdota de carecer de un traje aceptable para comenzar a ir a la Universidad, lo que requirió la ayuda de algunos espíritus generosos valencianos, está también su primera independencia económica «dando lecciones 'a los hijos de los ricos', como decía, con un tono de agrio desdén» (Cortezo, 1926, 12). Era también un gran clínico, del que sin embargo Cortezo cuenta que pasaba visita en el Hospital de la Princesa «sin interrumpir la lectura del volumen o de la revista que, al entrar en el hospital, iba leyendo» (Cortezo, 1926, 16). Todo ello da idea de un distanciamiento en el joven Simarro entre su contorno y sus intereses profundos. Semejante distanciamiento es, con gran probabilidad, el factor que le impulsa en cierto momento a abandonar el país e irse a París, buscando nuevos estímulos intelectuales.

Simarro se fue a París en 1880. Allí trató a Nicolás Salmerón, y acudió a lecciones de Charcot, de Richet, de Magnan. Pasó cinco años en aquel ambiente lleno de vida intelectual y de inquietud cultural, y no se encontró con Sigmund Freud, venido de Viena,

casi por casualidad: Simarro se volvió en 1885, y Freud llegó a París en 1886.

Simarro volvió a Madrid y, en muy poco tiempo, logró los mayores éxitos del «favor social», como recuerda Cortezo (Cortezo, 1926, 18). Ello le permitió, entre otras cosas, disponer de recursos para adquirir una extraordinaria biblioteca, así como un laboratorio privado en torno al cual iban a converger algunos jóvenes llenos de inquietud científica. En un momento determinado, Simarro opositó a la cátedra de Histología normal y Anatomía patológica de la Facultad de Medicina de Madrid (1898): fueron las oposiciones que llevaron a Ramón y Cajal a la cátedra madrileña, y que de algún modo ocasionaron roces entre estos dos grandes espíritus. Diez años más tarde, había Simarro de obtener la recién creada Cátedra de Psicología experimental (1902) de la Facultad de Ciencias, en cuyo marco iba a comenzar el lento progreso de esa disciplina en nuestro país.

Pero ¿qué psicología podía hacer Simarro? ¿Hacia dónde se orientaba su pensamiento?

Para contestar esas preguntas es necesario reconstruir su doctrina, dado que nunca fue expuesta de modo cabal y adecuado. Contamos, para ello, con algunos restos y fragmentos, que creo que pueden darnos, con alguna aproximación, el contorno de su pensamiento, un pensamiento que hubiera debido constar de un modo mucho más formal y explícito para bien de todos.

A mi juicio, la primera formulación del pensamiento de Simarro, al menos de su pensamiento psicológico, se encuentra en su conferencia acerca de las «Teorías modernas sobre la Fisiología del Sistema Nervioso», pronunciada en 1878 en el marco de la Institución Libre de Enseñanza. Anterior a su viaje a París, en ella recogía lo que era una inquietud profunda dentro del núcleo de la Institución. En efecto, la psicología, para los krausistas españoles, aparecía como el punto donde engarzaban a un tiempo las preocupaciones científicas y las filosóficas (Lafuente, 1980, 1982). En unos momentos en que en el resto de Europa está en su esplendor el positivismo, una filosofía que aspira últimamente a ser una reflexión sobre el conocimiento de las ciencias, muchos de los hombres vinculados a la Institución Libre de Enseñanza rechazaron tanto la renuncia a la metafísica de muchos científicos, como la renuncia a la ciencia de otros muchos filósofos.

Uno de los textos más claros, a la par que curioso, donde se expresa esa voluntad de síntesis es, sin duda, el prólogo que Salmerón puso a los ensayos sobre *Filosofía y Arte* de Hermenegildo Giner de los Ríos, en 1878 —el año de la conferencia de Simarro.

Salmerón reconoce el avance de la libertad de conciencia en nuestro país, por obra de aquellos espíritus que han impulsado la difusión de una mentalidad científica entre nosotros, y singularmente los discípulos de Sanz del Río. Pero, en un nivel más profundo, preocupa a Salmerón el problema filosófico central, «la contradicción histórica entre el empirismo y el idealismo», la unidad bajo la oposición del sujeto y el objeto, la integración de la física y la metafísica. Y desde esa perspectiva escribe: «Fechner, Wundt, Spencer, Hartmann y tantos otros sabios naturalistas y pensadores eminentes, se dan ya la mano, reconociendo los unos que del fondo de la experimentación brotan datos especulativos, afirmando los otros que la especulación no es abstracta, ni persigue entidades extrañas a la concreción de la realidad. El punto de cita, si vale decir, en que se prepara este grandioso concierto, es el cerebro del hombre. De aquí, el inmenso interés y la decisiva trascendencia que ofrece al presente la Psicología fisiológica. Ella puede, en rigor, ser considerada como la prenda de unión entre las dos tendencias en que se ha dividido hasta ahora la construcción científica» (Salmerón, 1878, xiii-xiv).

Salmerón admite, pues, que el análisis del cerebro, esto es, el estudio que realiza la psicología fisiológica, contiene la clave de la unidad de los conocimientos. En esta psicología que, para Salmerón, ha de reconstruirse como una «Antropología psíquica», el conocimiento empírico de la realidad va enlazado con la conciencia del ser racional supraindividual, y junto a la vida consciente hay todo un previo proceso evolutivo inconsciente. Tales ideas apuntan a la construcción de un Monismo filosófico, aún no conquistado, que habría de superar los dualismos anteriores (Salmerón, 1878, xxvi).

Para los institucionistas —más en general, para los krausistas—, la pieza clave de la realidad es precisamente el hombre. En él se encuentra, como en la vieja idea del microcosmos, idealidad y empirismo, ser y deber ser, individualidad y sociedad, ciencia natural y metafísica de lo absoluto. Tal es el horizonte en que se mueve la conferencia de Simarro en 1878.

Simarro, por lo pronto, tiene una visión histórica de la fisiología del sistema nervioso amplia y sumamente rica. Tiene, además, perfecto conocimiento del cambio que se ha producido, al pasarse de las teorías antilocalicistas de Flourens a las localicistas nuevamente postuladas por los descubrimientos de Broca, de Frisch y Hitzig. Y ello lleva a una nueva precisión: «la fibra y la célula son los elementos primarios del complicadísimo mecanismo nervioso», y añade: «la fibra es... un conductor... La célula... es tenida como el órgano principal, cuyas funciones ignoradas dan ocasión al pensamiento y a la voluntad» (Simarro, 1878, 201). El localicismo, al postular una co-

respondencia entre centros y funciones, permitía la hipótesis de un psiquismo celular, sobre todo cuando a ello se le añadía una perspectiva evolutiva. Eran éstas las ideas de Verworn, pero sobre todo de Haeckel, interesado en establecer una filogenia del psiquismo que arrancaba del alma celular (o cito-psique) de los protozoos unicelulares, que parecen resonar aquí. En la célula debe haber una función, si bien «completamente desconocida», que sea la «condición de la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad» (Simarro, 1878, 202). Desde las primeras funciones biológicas deberíamos encontrar los rudimentos de lo que va a ser en su despliegue, la vida psicológica de los organismos superiores, hombre incluido.

Sobre esa base celular, el desarrollo psicológico aparece entendido desde una posición reflexológica. En efecto, dice Simarro, «toda acción del sistema nervioso puede considerarse como una suma de actos reflejos simples» (Simarro, 1878, 205), actos que enlazan de modo determinístico y causal ciertos estímulos con otras respuestas.

La idea no era original. Ya en 1863 había escrito Sechenov su trabajo sobre los reflejos cerebrales, donde el reflejo fisiológico se convertía en el factor explicativo de toda suerte de conductas, tanto las elementales como las más complejas. Pero no es probable que Simarro hubiera leído a Sechenov; desde luego, no lo cita. La influencia le llega, en cambio, de Inglaterra: de los trabajos de Carpenter (*Mental physiology*), y de la teoría del automatismo de T. H. Huxley; a ambos cita junto con otros nombres a este respecto: por algunos «el cerebro es tenido como un apéndice ganglionar de la médula, apéndice en el cual se realiza una nueva y complicada distribución de los reflejos»; y aquí siguen los nombres de Descartes, Claudio Bernard, Luys y Hartmann, que vienen a unirse a los dos ya mencionados, y que componen una compleja imagen de esta primera reflexología a la que parece haber venido a sumarse el doctor Simarro en su primer momento.

Según esta concepción, «los actos responden a las excitaciones que nacen de las circunstancias y se adaptan a estas mismas circunstancias» (Simarro, 1878, 211). La respuesta es desencadenada por la excitación periférica, pero está orientada justamente a la adaptación del organismo al medio, una idea que los evolucionistas, de Darwin a Spencer, habían ido consolidando en ese tiempo.

Para que se produzca la respuesta, ha de haber un proceso de conducción del impulso nervioso. Simarro parece admitir la continuidad entre un conductor y las células adyacentes al establecer la existencia de «filetes eferentes» entre aquéllos (Simarro, 1878, 203); le importa, sobre todo, comprender la adquisición de respuestas cada vez más precisas, y supone, junto a una inicial difusión de la excitación en múltiples direcciones, una progresiva y paulatina concentración

por la «línea de menor resistencia» que va quedando cada vez más expedita y accesible (ibidem). Lo que luego será núcleo de su teoría de la iteración aparece ya aquí prefigurado; en conjunto, Simarro no iba más allá de admitir la teoría de la difusión de la impresión, elevada a categoría de ley por Alexander Bain (Bain, 1881, 60 ss.), junto con la idea de facilitación que Carpenter y otros habían de recoger en la fisiología, pero tampoco ha de olvidarse que tales ideas —formación de hábitos, teoría del automatismo reflejo— iban a reaparecer como conceptos básicos en los *Principles of Psychology* de James unos años después, y desde luego, la idea de una modificación fisiológica ligada a la adquisición de experiencias había parecido esencial ya a Herbert Spencer (Spencer, s. a., II, 286 ss.) para comprender un paso de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo indiferenciado a lo diferenciado a través de la experiencia y el aprendizaje.

Simarro recogía esta idea de la formación de hábitos por la plasticidad y facilitación nerviosas, que suponía la adquisición de una estructuración individual de base biológica gracias a la cual se completa la adaptación al medio. Ahora bien, ¿cómo compaginar todo ello con la conciencia individual, con el libre albedrío, con la voluntad? ¿Cómo asignar localizaciones a esas dimensiones psicológicas? Al llegar a esos temas, Simarro adopta una posición agnóstica: habla de «suspender todo juicio» (Simarro, 1878, 213), habla de «misterio profundo» (ibidem, 218), y traslada a la filosofía la responsabilidad de hacer compatibles el automatismo nervioso y la libertad humana, cosa que parece estar más allá del límite de la propia ciencia fisiológica.

En síntesis, cuando tratamos de precisar la posición de Simarro en 1878, antes de su viaje a París, y a partir de esta conferencia tan sólo, no se olvide, le encontramos situado más o menos en el nivel de su tiempo, y admitiendo unas tesis de tipo determinista en torno a los fenómenos fisiológicos, que incluyen una línea reflexológica, una idea de adaptación biológica, y una visión del sistema nervioso dotado de plasticidad; la conciencia aparece con el valor de una incógnita, y su esclarecimiento queda reservado para la filosofía y no para la ciencia positiva. Hay, además, una información extraordinariamente actual, junto con un profundo conocimiento histórico, indicativo todo ello de la amplitud de perspectiva con que se acercaba a estos temas psicofisiológicos. Simarro acredita aquí una gran familiaridad con los autores ingleses —Maudsley, Carpenter, Spencer— y los franceses —Claude Bernard, Charcot, Ranvier—, y algo menor con los alemanes —Müller, Helmholtz o Meynert. Simarro, al menos desde un punto de vista informativo, estaba al día de lo que estaba haciéndose en Europa.

A este mismo nivel parecen pertenecer los varios artículos que entre 1878 y 1879 publicó en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, y dedicados a exponer la «Fisiología general del sistema nervioso». En ellos podemos encontrar algunos elementos complementarios de la imagen que acabamos de trazar. Uno es la presencia de un cierto rasgo funcionalista que aparece con claridad cuando sostiene que «la percepción y tal vez todas las operaciones intelectuales ofrecen para el individuo un carácter instrumental, por el que se subordinan constantemente a los fines» (Simarro, 1879, 127); evidentemente se trata de la adaptación producida por las funciones psíquicas que da a éstas su sentido de utilidad subrayado por el evolucionismo. Junto a ello, hay una marcada resonancia de las ideas de Helmholtz, al afirmar que los datos sensoriales son objeto de interpretación y permiten una posterior construcción de nociones: empirismo frente a innatismo, inferencia en la percepción, constructivismo de nociones. Por eso, ante las ilusiones, dice Simarro, «interpretamos todas las sensaciones y construimos las nociones respectivas como si las sensaciones se produjeran siempre en las condiciones habitualmente normales» (Simarro, 1878-1879, 127). Datos sensibles y nociones conceptuales cumplen así una función últimamente instrumental y adaptativa, concorde con el funcionalismo indicado. Tal sería el conjunto de ideas que parece corresponder a la etapa anterior al viaje a París.

Simarro se fue a París en 1880. Cortezo recuerda el talante de su amigo en aquellos tiempos: «a diario se quejaba en nuestras conversaciones de la necesidad de maestros, de investigadores y de especialistas serios, que él sentía. 'Con sólo los enfermos y los libros —decía— no se puede hoy hacer ciencia sólida y durable; es necesario oír las lecciones de los mismos que han contribuido al avance científico; es necesario frecuentar sus laboratorios para las investigaciones histológicas, y sus gabinetes de experimentación para la investigación fisiológica; yo necesito ir a París, y después... adonde haga falta.» (Cortezo, 1926, 17). Necesitado de maestros, necesitado de laboratorios, necesitado de un clima intelectual en que desarrollarse, Simarro piensa en París, y al fin consigue pasar allí cinco años. Durante ese tiempo trabajó con figuras médicas relevantes: con Mathias Duval, que «confirmó su adhesión al darwinismo»; Ranvier, que «le orientó de modo definitivo hacia la neurohistología», y Charcot y Magnan, «los principales responsables de su posterior orientación como neuropsiquiatra» (López Piñero, 1983).

En nuestro contexto, resulta interesante sobre todo la presencia y el influjo de Charcot. Porque Charcot fue, desde luego, una figura central en el desarrollo de la psicología a finales del siglo pasado. No en balde fue el presidente de honor del primer congreso inter-

nacional de Psicología fisiológica, celebrado en París en 1889, una figura respetada por Ribot, Binet, o Janet. Charcot, además, fue uno de los que más trabajaron por dotar de preparación psicológica a los psiquiatras; a este respecto, Janet recuerda cómo en una ocasión, animándole a trabajar en psicología, Charcot le había regalado unos libros para que le sirvieran de orientación: las *Observations on man* de Hartley, es decir, algo así como la biblia del asociacionismo mental con base fisiológica, dos volúmenes llenos de anotaciones del propio Charcot (Janet, 1895). Esa era, pues, la psicología en que estaba pensando el maestro al animar a sus discípulos.

¿Qué sucede con Simarro cuando vuelve a España, después de haber absorbido el clima intelectual francés?

Hay un texto dolorido, lleno de patriotismo y amargura, que parece expresar bastante bien esa situación del hombre de ciencia que vive en su patria como un exiliado intelectual. Simarro, que ha estado unos años fuera, buscando alimento para su espíritu, al retornar choca de nuevo con la dura realidad que hace del hombre de ciencia español un ser alejado de su sociedad, desconectado del mundo exterior, náufrago destinado a ser olvidado por todos.

En efecto, el Ateneo de Madrid organizó un curso sobre la España del siglo XIX, y encargó a Simarro una conferencia sobre dos figuras médicas de ese tiempo: Pedro Mata y Mateo Orfila. Orfila, exiliado de España, había llegado a ser gloria para Francia, científico estimado y potenciado por un medio estimulante y acogedor; Mata, en cambio, combatido y discutido por sus compatriotas, había quedado aislado, como «extranjero en su patria». «Las obras del genio —decía Simarro— exigen siempre la colaboración del medio»; tras estar España en el mundo, en el siglo XVI, la reforma produjo un «movimiento retrógrado» entre nosotros, que hace que los autores del siglo XVI, como Vives, parezcan más modernos que los de los siglos siguientes, desconectados de la cultura creadora europea; en fin, añade, «¡Que ésta es la última desdicha de los hombres de ciencia de España, después de gastar la mayor parte de su vida en trabajo negativo, si algo positivo producen, como no engrana con la cultura nacional que no existe, ni con la extranjera que se desarrolla por sí misma e independiente de nosotros, caen pronto en el olvido!» (Simarro, 1886, 558-559).

Hay aquí algo más que la expresión renovada de la crítica a la historia de la ciencia española; hay algo más que la reaparición de la polémica sobre nuestra ciencia y nuestra cultura y la influencia de nuestra religiosidad y espíritu de contrarreforma. Hay, de algún modo, el sentimiento personal y auténtico de quien ha experimentado en su propia carne las dificultades y limitaciones de que habla; hay una conciencia aguda de la desconexión de los científicos

españoles respecto de sus colegas extranjeros, y de la inutilidad de unos esfuerzos que están llamados a caer en el olvido. Simarro acababa de repasar una doble situación paradigmática, la historia de estos dos talentos, dedicados a la medicina legal, en dos medios bien distintos, uno lleno de facilidades y el otro de impedimentos, con unos resultados que presentaban el medio social como el factor explicativo principal del éxito o del fracaso del científico.

Es curioso, con todo, que en este momento Simarro está no demasiado lejos del conservadurismo intelectual de Menéndez Pelayo por lo que se refiere a su admiración hacia Luis Vives. ¿Es un problema de afinidad política? Sin duda, no. ¿Acaso ese «vivismo» nace de añoranzas valencianas? Pienso que tampoco. Lo que ocurre es que Simarro ve en Vives la cabeza teórica del asociacionismo psicológico, en sus estudios sobre el alma, y ese asociacionismo es el que ha reencontrado en París de la mano de Charcot; de ahí esa modernidad del hombre renacentista que no tienen otros sabios posteriores. Y desde este momento, Simarro encaja dentro de una línea de pensamiento psicológico orientada hacia el asociacionismo, en una línea que sintoniza predominantemente con la orientación del psiquiatra y psicólogo alemán Theodor Ziehen.

Tal vez la última pieza psicológica escrita por Simarro que conocemos sea su prólogo a la traducción del *Compendio de psicología fisiológica* de Ziehen aparecido en 1910. En esta obra creía advertir algunas particularidades que la hacían especialmente atractiva a sus ojos. En efecto, Ziehen, dice Simarro, «siendo de nación alemana adopta el sistema asociacionista, de origen inglés», renovando así ideas de Aristóteles y de Juan Luis Vives (Simarro, en Ziehen, 1910). Así convergen en él lo que parecían ser las dos grandes líneas de la psicología moderna, a que se había referido unos años atrás Ribot en sendos estudios: la psicología inglesa y la alemana, más descriptiva la primera, más experimental la segunda. Ribot plasmó la imagen de esas dos corrientes, Simarro la aprovechó —aunque cuando lo hizo las cosas habían cambiado mucho, y habían pasado seis congresos internacionales de psicología para evidenciar el auge de otras corrientes nacionales al margen de aquellas dos. Pero la frase dejaba ver el interés por el experimentalismo y el cuantitativismo germánicos, junto al esfuerzo por conservar otras dimensiones —la descripción introspectiva, la información psicopatológica— a las que Simarro no quería renunciar. Todo ello no hacía sino enriquecer y matizar su asociacionismo básico, un asociacionismo que encontramos en un curso de psicología profesado hacia 1896 ó 1897 en el Ateneo de Madrid, un año antes de que se viniera a producir 'la Derrota del 98'.

De ese curso no nos queda nada más que el programa, que además se ha publicado con erratas y un sinnúmero de defectos (García Martí, 1948, 198-200). Reconstruyendo a partir del mismo lo que podía pretender Simarro con sus lecciones, hallamos aproximadamente lo que sigue. Primero, se trata de un curso de Psicología fisiológica, que comienza con unas lecciones de tema biológico —naturaleza de la vida, acción y reacción entre organismo y medio, e ideas de adaptación, variación y evolución con mención expresa de Darwin. Siguen luego unos puntos sobre evolución del sistema nervioso, y ya de lleno entra el autor a exponer el sistema nervioso mencionando la dinámica de las excitaciones, los niveles de organización central y, en fin, la relación entre psiquismo y fisiología. Los epígrafes son bien indicativos: «De las funciones psíquicas y su paralelismo con las funciones fisiológicas del sistema nervioso. De lo consciente y lo inconsciente. Del asiento de la conciencia. El problema metafísico bajo el punto de vista de la psicología. La psicología trascendental. Idealismo psicológico y materialismo fisiológico. Teoría del agnosticismo» (García Martí, 1948, 199).

Resuenan aquí, sin duda, muchas de las ideas de Simarro ya expuestas en 1878, que antes vimos también relacionadas con otras de Salmerón. La psicología tiene una dimensión filosófica irrenunciable; esta podría consistir en alumbrar, bajo el dualismo inicial —idealismo, materialismo—, un principio unitario de solución, una posición monista. Resulta, además que a eso mismo llega Ziehen en las páginas finales de su *Compendio*: «Por todas partes sólo nos es dada la serie psíquica de las sensaciones y de sus imágenes mnemónicas, y solamente es una hipótesis universal el aceptar una serie material que está en relación causal con esta serie psíquica... Así, pues, se nos presenta el dualismo o paralelismo psico-físico sólo como aparente... Cada paso ulterior sería un paso metafísico, y conduciría a una metafísica problemática...» (Ziehen, 1910, 378-380). Desde el idealismo psicológico llegaríamos, tal vez, a la construcción de un materialismo fisiológico: de las sensaciones subjetivas llegaríamos a la construcción de un mundo de objetos materiales entre los que se hallaría el cuerpo; pero el trasfondo último sustancial de la realidad, a un tiempo ideal y material, libre y determinada, que había quedado fuera del alcance del científico en cuanto tal en la conferencia de 1878 como un misterio (un *ignorabimus* como el de Du Bois Raymond de unos años antes), aparece recogido ahora como «teoría del agnosticismo».

Simarro continúa su curso tratando de la evolución psicológica, tanto en su filogenia (Haeckel, Verworn, Romanes), como en su ontogenia (Preyer, Baldwin, B. Pérez, entre otros). Plantea la existencia de unos niveles de comportamiento de complejidad progresiva —re-

flejo, acto automático, y acto voluntario—, esquema análogo al ofrecido por Ziehen, y llega finalmente al análisis de la conciencia, su campo, su contenido y sus elementos básicos: emoción y representación. Como se ve, ahí iba incluida la dualidad cognición-afección que los estructuralistas habían destacado, y que Ziehen recogía en su obra bajo la dualidad representaciones —emociones, para luego abrir un amplio campo de desarrollo y enriquecimiento de la vida psíquica a través de las asociaciones de ambos elementos.

En este asociacionismo encontramos ideas muy próximas a las que iba a proponer Bechterev en su teoría del reflejo asociativo. Ziehen, en su libro suponía que en el progreso hacia niveles superiores de comportamiento lo que sucedía es que representaciones mnemónicas y excitaciones intercurrentes modificaban y adaptaban un curso de excitaciones producidas por estímulos y lo acompañaban, entonces, de un proceso psíquico paralelo (Ziehen, 1910, 30). El asociacionismo abría así el camino a la memoria, la conceptualización y el pensamiento abstracto, y a la integración de ideas con emociones, hasta la suma integración de la personalidad (lecciones XIV a XVIII del programa del Ateneo). Simarro terminaba su curso con unas ideas sobre la patología del espíritu, que incluía los grandes síndromes y las alteraciones del sentimiento y la personalidad.

Hacia 1896, pues, Simarro estaba presentando un curso de psicología dentro de las líneas vigentes en el resto del mundo occidental. Nada llama la atención en él, y tal vez debiera sorprendernos la modernidad y equilibrio de aquel programa que va desde la base biológica a los aspectos psicopatológicos tras pasar por los procesos psicológicos básicos. Lo que sorprende es que sea un curso de Ateneo, que haya de impartirse fuera de un marco universitario, y que a su espalda no tenga una labor de investigación experimental publicada y contrastada. En cualquier caso, Simarro aparece cercano a la psicología europea de su tiempo, excelente conocedor de sus autores y un gran organizador y expositor de sus conocimientos.

Por esos años publicó también otro trabajo poco atendido, y que da algunas pistas de cierta línea de preocupación que está presente en su obra. Me refiero a «El exceso de trabajo mental en la enseñanza» (Simarro, 1889), aparecido en varios números del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Aquí Simarro desarrolla una línea de pensamiento que guarda relación con los estudios de Galton y de Lombroso a propósito del genio o talento y su difusión dentro de un cierto medio social. En el artículo recoge la idea de que el hombre está, en el mundo moderno, situado en un medio que le somete a tensiones, a un estrés para el que sus dotes biológicas no están preparadas. De ahí que el hombre que quiere triunfar se vea forzado a realizar excesos, sobrecargas, «surmenage» dice Simarro, y

esto conduce a un desgaste mental. Tomada la sociedad en bloque, esto lleva no tanto a la propagación de genios por herencia, sino al desgaste que introduce una degeneración creciente entre individuos. «La libertad de pensar y la facultad de difundir las ideas —dice Simarro (Simarro, 1889, 38)— que caracterizan a nuestro tiempo, han acelerado de tal modo el progreso de la cultura, que la capacidad de acomodación del hombre resulta excedida en mucho». Y añade: «Hoy no amenazan los bárbaros a la civilización, demasiado extendida para que una invasión la destruyese totalmente; pero la amenazan en cambio los efectos de una educación que impone un trabajo mental excesivo, y que además lleva sobre sí el deplorable carácter de ser mecánica y destructora de toda iniciativa personal» (idem, 39).

Este texto reúne las posiciones educativas de los hombres de la Institución, siempre opuestos a la enseñanza mecánica y a la pérdida de creatividad del espíritu, con las preocupaciones psicosociales de un psiquiatra próximo a los temas de la herencia de la inteligencia y de los estigmas degenerativos. Su tema era, para su tiempo, perfectamente oportuno, y relacionaba los problemas de fatiga con los de la inteligencia. Simarro sostenía que había una continuidad energética, que iba, en sus términos negativos, desde la fatiga a la neurastenia, de ésta el agotamiento, y de éste, en fin, a la degeneración. Nuestro mundo cultural podría sentirse, por el hecho de haber logrado esa cultura, libre de amenazas sociales interiores; Simarro, sin embargo, percibía una amenaza biológica para este organismo humano creador en un medio excesivamente complejo; al hacerlo, repetía, sabiéndolo o sin saberlo, una tesis de Galton, en *Hereditary Genius*, y es que por obra de la civilización nuestra raza está sobrecargada, y ese exceso de demandas puede conducir hacia la degeneración (Galton, 1869, 345). Una vez más, reencontramos la huella de la psicología inglesa sobre su pensamiento, y precisamente en torno al problema de la adaptación y el desajuste del hombre a su medio social. Este tema era también en buena medida su personal problema, como científico inadaptado en un mundo que carecía de medios institucionales y vías estabilizadas para la creación científica, aunque su caso no nacía de la limitación de facultades mentales, sino, antes al contrario, de la limitación de recursos sociales con que ejercitar aquéllas.

Así llegamos a lo que podemos estimar como su planteamiento teórico definitivo, que se infiere de los apuntes de un curso profesado en 1904 y 1905, y al que asistió Juan Vicente Viqueira, quien luego lo incluyó en su libro sobre *La psicología contemporánea* aparecido póstumamente en 1930 (Viqueira, 1930, 55-60).

En este curso, Simarro ofrece una profundización de las líneas de su pensamiento en la dirección funcionalista. En línea con William James, considera la psicología como una ciencia de «hechos que constituyen el fluir de la conciencia» (*idem*, 55), y que emplea la observación y la reflexión como métodos. Tras reconocer la distinción entre sujeto y objeto, considera aquél como un «tejido de sentimientos» —posiblemente, la traducción de los *feelings* en que para Bain consistía la vida de la conciencia. Con Bain admite la «relatividad psíquica», que supone una interacción entre los estados psíquicos, y con James, la aparición de varios núcleos o niveles del 'yo': el 'Yo sentido', estado de ánimo, y el Yo activo, «la personalidad» espiritual, corporal e histórica; el primero es un mero sujeto de vivencias, mientras que el segundo es un ser concreto y personal (*idem*, 56) capaz de proyectar su vida en otros cuerpos análogos a los nuestros y reconocer así a sus semejantes (Baldwin). Simarro recoge la idea del organismo-máquina que había propuesto Loeb, pero reconoce la aparición del nivel de conciencia como determinante de un cambio fundamental, y si bien no deja de ser un «factor vital» (*idem*, 57), supone la conversión del excitante en representación y, con ello, se «agranda el radio de acción de la respuesta» (*idem*, 58).

Desde ese funcionalismo, la memoria es interpretada como un mecanismo protector hacia el futuro mediante el uso del pasado, sus datos y situaciones; la inteligencia, como un instrumento para interpretar mediante conceptos. «Sus operaciones se basan en la asociación de ideas», y su «condición fisiológica... es la iteración, o sea 'el proceso fisiológico de formación de vías organizadas en los centros nerviosos' (Asociaciones)» (*idem*, 58). En su resumen del curso Viqueira une, muy coherentemente, sus apuntes de clases con un texto breve de Simarro, *De la iteración*, aparecido en la revista de la Institución en 1902. Esta iteración, o facilitación, suponía a la vez una «diferenciación funcional» y una «complicación estructural», que no es hábito, ni instinto, ni memoria ni inteligencia, sino, según dice, la condición fisiológica que hace posibles todos esos diversos niveles de comportamiento. Por aquellos días, recordémoslo, Claparède admitía la ignorancia sobre las condiciones anatómicas de la asociación (Claparède, 1903), y Pavlov, unos años más tarde, aprovecharía para explicar sus asociaciones condicionales, verdaderas iteraciones, la idea de la facilitación nerviosa (*Bahnung*) que se entrevé en Simarro. Pero nuestro autor postulaba para ello la existencia no sólo de una conducción definida de impulsos en tejido nervioso, sino también una cierta conducción difusa, que fuera encauzándose y determinándose paulatinamente (Simarro, 1902, 351).

Pienso que semejantes ideas, atractivas desde la perspectiva psicológica, no terminaban de encajar con la teoría de la transmisión nerviosa que proponía Cajal en su monumental *Histología*. Cajal veía en el impulso nervioso un fenómeno de polarización dinámica bien definida: 'la excitación no puede, manifiestamente, progresar más que en un sentido', y toda posible difusión estaría limitada al crecimiento de conexiones interneuronales, a su fortalecimiento por el ejercicio y a su aumento por ramificación y crecimiento (Ramón y Cajal, 1909, I, 135; II, 887), no transmisión difusa, sino ramificada, diversificada. Habría que investigar a fondo, por especialistas, las posiciones relativas de Simarro y Cajal. Es, al menos, intrigante que en el estudio sobre la iteración el nombre de Cajal no aparezca, a pesar de que a éste le había interesado explícitamente el problema de la asociación de ideas y su base fisiológica, y lo mencionaba en su obra capital. Se dirá que había, o puede haber habido, distanciamientos personales tras el episodio de la oposición a cátedras; Cajal lo admitió en una carta al doctor Cortezo (Cortezo, 1926, 29) en que parece sentir que Simarro se distanciara del antiguo amigo. También puede haber habido algunas otras cosas; por ejemplo, la inferioridad de la investigación de Simarro frente a la de Cajal. Cuando se piensa en el artículo que Simarro publicó sobre tinción del tejido nervioso con sales de plata, un artículo de histólogo aparecido en la revista editada por Cajal, en 1900, y se comparan los dibujos de neuronas que ofrece, con los que ofrecía por todas partes Cajal; cuando se ve que Simarro ingenuamente confiesa que, de tener un mejor microscopio, se podrían ver mejor unas 'estrias de Froman', de las que Cajal decía en su libro que parecían ser unos inventos o imaginaciones de los investigadores sin mayor base real; cuando se ve a Simarro forzado por la clínica a restar tiempo a la investigación; cuando se toman esos datos juntos se ve el distanciamiento profundo que se había ido abriendo, irremediablemente, entre las dos figuras.

En todo caso, el curso de Simarro de 1905 presentaba un funcionalismo psicológico no exento de interés; reasumía la idea evolucionista spenceriana —de lo homogéneo a lo heterogéneo—, e integraba varios niveles de actividad, del mecanicismo de los tropismos al nivel superior de conciencia y propositividad, reuniendo una psicología de procesos automáticos a otra de procesos superiores, simbólicos y conscientes. Y todo ello conducía a centrar los varios procesos psicológicos sobre el de asociación, y sobre su supuesta base fisiológica, la iteración.

En el curso, como se ve, integraba y reasumía sus posiciones precedentes, dándoles una mayor cohesión y sistematismo. Pero, al mismo tiempo, Simarro se iba alejando de lo que era la psicología

de vanguardia de la época. Estaba perdiendo de vista los desarrollos de la psicología experimental alemana y americana; la psicología del pensamiento, de Binet, de Titchener o de la Escuela de Wurzburg, la psicología genética y social, la psicofisiología más avanzada, los trabajos del último Wundt sobre psicología de los pueblos, tantas y tantas cosas como aparecían a comienzos de siglo —cuando ya William James empezaba a no creer en la existencia de la conciencia.

¿Por qué razón?

Es bien conocida la tesis de que la psicología prosperó en Alemania en la medida en que determinados científicos, que procedían del mundo médico, se incardinaron en un marco institucional filosófico, dando origen a una 'hibridación de roles', dentro de una estructura social bien definida (Ben-David y Collins, 1966). En Alemania, algunos médicos distinguidos hallaron un nuevo campo de especialización trabajando sobre una temática próxima a la filosofía, si no puramente filosófica: fue el caso de Wundt. En cambio, esto no fue posible a Simarro en nuestro país. Simarro parecía dar pasos para injertar la psicología en la Facultad de Ciencias, pero él mismo era una figura extraña a aquel mundo; era una figura médica con una actividad clínica bien definida, que no había ingresado en el marco universitario médico y había quedado situado en aquella nueva disciplina, la psicología, de difícil ubicación. Estructuralmente, Simarro aparece como una figura desplazada tanto en el ámbito de los filósofos como en el de los médicos teóricos, investigadores, y sin una posición socialmente fuerte en su marco universitario específico, en su Facultad de Ciencias. Con ello, la institucionalización de la nueva disciplina psicológica quedaba gravemente debilitada.

Tal vez por aquí haya que buscar la explicación del silencio científico en que entra Simarro, casi desde el momento en que logra ser catedrático. Pasados los primeros años de nuestro siglo, sólo el prólogo al libro de Ziehen, y alguna otra pieza extraña como el prólogo a un libro de Bunge llevan alguna palabra de reflexión psicológica al lector de nuestro país proveniente del nuevo catedrático. También, en estos años, Simarro iba a publicar su único libro, o mejor, la primera parte de lo que pensaba ser su obra *El proceso Ferrer y la opinión europea*, un inmenso volumen que recoge traducidas innumerables opiniones de extranjeros sobre el proceso al fundador de la escuela moderna, con un pequeño prólogo personal de corto aliento y ajeno a cualquier pretensión científica (Simarro, 1910). Simarro decía allí que en el caso Ferrer se cifraba «el porvenir de nuestra patria» (*idem*, xii). Mientras tanto, por esos años, Cajal obtenía el premio Nobel, y algunos discípulos de Simarro se aproximaban, tímidamente, hacia el enorme histólogo aragonés. De esta suerte, mientras Lafora y otros jóvenes se orientaban hacia la histología y neuro-

patología, pienso que Simarro vino a quedar en una cierta situación de aislamiento, sin escuela, como investigador sin discípulos, y sin una línea de trabajo que se pudiera continuar.

¿Qué es lo que había realizado? ¿Qué línea de pensamientos había ofrecido a sus compatriotas interesados en psicología?

Hay ciertas constantes en su pensamiento que no son difíciles de desgajar. Procuró, en primer lugar, mantener una base fisiológica en la comprensión de los procesos psicológicos. Sostuvo, por otro lado, una continua orla de reflexión filosófica, en una línea agnósticista no demasiado lejana de la posición de algún filósofo como Spencer, cuyo evolucionismo también compartió. Mantuvo, en relación con lo psíquico, una visión funcionalista que acentuaba el valor de la adaptatividad, y esa su explicación recurrió al mecanismo de la asociación. Recogió, junto con el interés por los aspectos patológicos, la preocupación por integrar niveles de comportamiento mecánicos con otros propositivos en el hombre; pero, por otro lado fracasó en la institucionalización de la nueva psicología. Simarro, psiquiatra con gran fama, con clínica abierta, con compromisos sociales y políticos, veía crecer junto a él el núcleo investigador de Cajal, que en ciertos aspectos no resultaba demasiado lejano de preocupaciones y temas de interés para el psicólogo, y sobre todo para el psicofisiólogo. En realidad, Simarro parece haberse hallado en una situación de compromiso entre la vida social y la vida dedicada a la investigación, entre una entrega a la ciencia positiva y una atracción por la reflexión filosófica, entre su interés por el laboratorio y su dedicación a la clínica, entre su cátedra universitaria y su restante figura y protagonismo sociales.

Como se puede comprender, Simarro no podía triunfar en todas las direcciones. En cierto modo, su silencio como investigador y profesor expresa bien claramente un cierto fracaso en su empresa de institucionalizar la naciente psicología española, en esos años que van desde el prólogo al libro de Ziehen (1910) hasta su muerte, en 1921.

Evidentemente, no todo iba a morir con él. En 1920, un grupo de personas entre las que se contaban algunos de sus antiguos discípulos, como el doctor Lafora, pusieron en marcha la primera publicación especializada en toda la temática que interesó a Simarro, los *Archivos de Neurobiología*. Y mientras algún joven, como Emilio Mira, aprovechaba un pequeño test para medir la inteligencia que inventara en un rato creativo como tantos suyos el doctor Simarro, otros difundían las nuevas ideas —Martín Navarro, Francisco Santamaría, Juan Vicente Viqueira, entre otros. No quedaba, sin embargo, una auténtica escuela, ni una obra de investigación que sentara las bases de una efectiva tradición.

El esfuerzo de Simarro es, a mi juicio, un esfuerzo fracasado. Simarro fue como científico un extranjero en su sociedad, y careció de los apoyos y estímulos sociales que hubieran podido animarle a mantener una vida investigadora dedicada a la psicología, la ciencia de que había llegado a ser primer catedrático. En muchos sentidos, su caso es un ejemplo para los psicólogos españoles, un ejemplo que presenta los peligros y dificultades que ha entrañado —y tal vez aún entraña— hacer ciencia en este país.

BIBLIOGRAFIA

- BEN DAVID, J., y COLLINS, R., «Social factor in the origins of a new science: The case of psychology», *Amer. Sociol. Rev.*, 31 (1966): 451-465.
- BAIN, A., *Espíritu y cuerpo*, Madrid, A. Jubera, 1881.
- CARPINTERO, H., «The introduction of scientific psychology in Spain. 1875-1900», en Woodward W. y Ash, M. eds., *The problematic science: Psychology in Nineteenth-Century Thought*, New York, Praeger, 1982.
- CARPINTERO, H., «La psicología española: pasado, presente, futuro», *Rev. Hist. de la Psicol.* (1980).
- CLAPARÈDE, E., *La asociación de ideas*, Madrid, Jorro, 1907 (orig. 1903).
- CORTEZO, C. M., «Luis Simarro», en *Médicos ilustres del siglo XIX*, Madrid, 1926, 3-32.
- ESTEBAN, L., *La Institución Libre de Enseñanza en Valencia*, Valencia, Bonaire, 1974.
- GALTON, F., *Hereditary Genius*, London, Friedman, 1979 (orig. 1869).
- GARCÍA MARTÍ, V., *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid, Dossat, 1948.
- IGLESIAS, M. C., y ELORZA, A., *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración (1884-1889)*, Barcelona, Laia, 1973.
- JANET, P., «J. M. Charcot, son oeuvre psychologique», *Rev. Philosophique*, 39 (1895): 569-604.
- LAFUENTE, E., «Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista», *Est. de Psicol.*, 1 (1980): 138-147.
- LAFUENTE, E., «La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas», *Rev. Hist. Psicol.*, 3 (1982): 247-270.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M., «Simarro Lacabra», en *Diccionario histórico de la ciencia en España*, Barcelona, Península, 1983.
- RAMÓN Y CAJAL, S., *Hystologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés*, Madrid, C.S.I.C., reimp. 1972 (orig. 1909-1911), 2 vols.
- SALCEDO GINESTAL, E., *El doctor Luis Simarro Lacabra*, Madrid, Imp. Teodoro, 1926.
- SALMERÓN, N., Prólogo a GINER DE LOS RÍOS, H., *Filosofía y Arte*, Madrid, Imp. Minuesa, 1878.
- SIMARRO, L., «Fisiología general del sistema nervioso», *Bol. Inst. Lib. Enseñanza*, 2 (1878): 167-168, 176-7; 3(1879): 22-3, 31-2, 37-8, 46-7, 53-4, 61-3, 79, 126-7.
- SIMARRO, L., «El exceso de trabajo mental en la enseñanza», *Bol. Inst. Lib. Enseñanza*, 13 (1889): 37-39, 88-91, 369-373.
- SIMARRO, L., «Mata y la Medicina legal. Orfila y Toxicología. La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley», en *La España del siglo XIX*, Conferencias históricas del Ateneo de Madrid, Madrid, Lib. A. San Martín, 1886, vol. II, 521-560.
- SIMARRO, L., *El proceso Ferrer y la opinión europea*, Madrid, vol. I, 1910.

- SPENCER, H., *Principios de Psicología*, Madrid, La España Moderna, s. a., 4 vols.
- TUÑÓN DE LARA, M., *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 3 ed. 1977.
- VIQUEIRA, J. V., *La psicología contemporánea*, Madrid, Labor, 1930.
- ZIEHEN, T., *Compendio de psicología fisiológica en 15 lecciones*, con un prefacio del Dr. L. Simarro, Madrid, Bailly-Baillière, 1910.